

abaniquito, señal peculiar de indecisión ó de aburrimiento, y todo era preguntarme, insistir, convenir, mover la cabecita: «Es cierto; yo también; ya lo creo....,» con otras demostraciones de acuerdo y convicción sincera.

Digo *sincera* porque á mí me lo parecía. Tanto, que poco faltó para que cayera en el señuelo y la obsequiara con una declaración en toda regla. Pero no sé qué me contenía, si la timidez ó un resto de desconfianza. De vez en cuando, sus miradas de investigación que me envolvían de arriba abajo, deteniéndose en la punta de mis pies bien calzados, ó en mis manos, tan pequeñas y tan blancas como las suyas, me escamaban un tantico, sobre todo porque las comisuras de sus labios se alteraban con imperceptible fruncimiento, relámpago de sonrisa quizá burlona.

Sea lo que fuere, ella se dió tan buena maña y de tal modo mi amor propio se dejó embaucar, que la conquista de la señorita de Daver no me ofreció ya duda ninguna, jurándome que en otra ocasión como aquella había de descoser mi discreción y azuzar mi prudencia. Lejos de causarme perjuicio en su espíritu el fracaso mío de la noche última, habíame engrandecido y embellecido más; ¿cómo pensar otra cosa sin ofenderla?

Yo estaba contentísimo. ¿Y qué decir cuando mi tía Sandalia se sentó al piano y ella me invitó á que bailáramos?, ¿qué decir de mi emoción, de mi orgullo, del temblor de mi mano al estrechar la suya y de mis re-

verencias ante su divina gracia, cual si la rindiese mi corazón y mi vida entera?

¡Oh, mentira!, tienes nombre de mujer, como dijo el otro refiriéndose á la virtud, si no me engaño. Cuan-



... y escoltados por D. Isaías y misia Candelita, fuimos parlotando de esto y de aquello

do se despidieron, me ofrecí á acompañarles, como otras veces, y yo me puse á su vera, y escoltados por D. Isaías y misia Candelita, fuimos parlotando de esto y de aquello, tan á conciencia los dos cual si tratáramos asuntos de mucha enjundia. Recuerdo que la dí celos y la hice reproches, y ella se defendía con pucheritos, llamándome mal pensado, rencoroso y perverso. La luna, celestina de los enamorados, alumbraba nues-

tro camino, y ella, señalándola con el abanico, me decía bajito:

— Si ella hablara, ¡qué de secretos no contaría! Me descubriría, por ejemplo, adónde se irá usted luego que nos deje.

— ¿Adónde?, á casita, á juntarme con mi soledad y su recuerdo.

— No tan solo, no — murmuró intencionadamente.

Imaginé, de pronto, que Arturito se interponía entre ella y yo, y enmudecí como un culpable. En la faz de la luna imaginé también que se dibujaba la risueña mueca de Maltán de Pablos, aquella boca eternamente mofadora. Y ya hasta la puerta del Retiro, cuyo enorme llamador pintado de verde hizo repicar D. Isaías, no me atreví á desplegar los labios sino para suspirar, mientras Delfina, contrariada, mordía la borlita. Abrieron: misia Candela me aconsejó que cuidara de mi salud y no me dejara arrastrar por los malos ejemplos; D. Isaías me dió una manotada tremenda y Delfina unas buenas noches más desganadas que regalo de usurero; metieronse dentro, diéronme con el portalón en las narices y yo me eché por esas calles, en que el eco de mis pasos ponía miedo, á discurrir sobre la frase de Delfina, volverla, exprimirla y sacar en substancia, después de mucho pasear y cavilar, espiado siempre por la pálida vecina, que, efectivamente, mi tía Sandalia tenía razón, que la adopción del niño de Laurentina me colocaba en la situación desagradable de viudo con hijos, y que sabiéndolo la familia de Daver,

era probable que ni con todas las explicaciones del mundo, aun saliendo de la prueba limpio yo del pecado que, por maldad de Salustiano Pozuelo, gratuitamente se me atribuía, no se mostraran propicios á mis intenciones, las cuales no contrariaban desde luego, porque yo no había pasado todavía de los límites de la amabilidad.

Disipada con el fresco y la reflexión la embriaguez de amor propio que la coquetería de Delfina me hizo subir á la cabeza, abarqué, tan claro como el camino que seguía, la extensión toda de mi infelicidad, afligiéndome sobre manera que de ella fuera causa mi buen proceder, del que no me arrepentía, sin embargo, trájrame ó no el desvío que temía. Ni aquella noche, ni después, ni nunca, me he arrepentido de ello, y puesto cien veces á hacerlo, cien veces volvería á hacerlo, porque del egoísmo no conozco yo sino el nombre.

Afligido, pues, pero resignado, acaso con la esperanza de que la nobleza de Delfina triunfara del obstáculo, luego que por mi boca se supiera la triste verdad, me pareció que debía dar por terminada aquella caminata á horas para mí intempestivas y me dirigí hacia mi casa. Y todo fué cambiar de dirección y cambiar de pensamientos (que el del enamorado se remonta y se arrastra, alternando entre la desesperación y la esperanza) y soñar que iba á mi vera, como antes, Delfina la hermosa, y que ambos, escoltados por el taconeo de los papás, parloteábamos de cosas muy gratas y sabrosísimas. Como antes les había acompa-

ñado á ellos, hasta mi puerta vinieron conmigo y en ella se despidieron, subiendo yo mi escalera más satisfecho que pudiera creerse y embriagado de nuevo.

Entonces vivía yo absolutamente solo. Comiendo siempre fuera, no necesitaba de criado estable. *Bullebulle* iba todas las mañanas para aviar (y romper algo, de paso), recibía los recados y antes del almuerzo se marchaba depositando el llavín en mis manos. Estaba, pues, todo á obscuras cuando entré, y hube de encender mi pajueta y luego el quinqué por mí mismo... Como dos sombras inmóviles, que guardaran la entrada, el silencio y la soledad me recibían siempre, brindándome un asiento donde refugiarme, y me quedaba absorto en la tristeza de mis cavilaciones. Aquella noche las aparté con el ruido de mi alegría, las empujé hacia el balcón, que abrí para que la luna entrara y con ella Delfina, envuelta en el cendal de sus rayos de plata...

No había ya duda. Delfina me quería. ¿Fué el viento ó qué? En el fondo de la habitación desierta escuché un rumor, un eco, un suspiro que distintamente formuló este reclamo:

— ¡Papá!

IV

Ocurriósele, de allí á poco, á mi tía Sandalia organizar una cabalgata por el estilo de las famosas de mi tía Transitito, con el sabroso aditamento de una me-

rienda en el campo y al aire libre; y como era tiempo de primavera (allá por noviembre) y la gente moza no necesita de acicates para el placer, todo fué proponerle ella y aceptar la invitación la tertulia entera, incluso los viejos, con la sola excepción de mi tío, que no podía menearse, pues las señoras mayores, si bien renunciaron á los peligros de la equitación, no se resignaron á privarse de las delicias de un buen yantar y decidieron embutirse en dos volantas y adelantarse á esperarnos en el punto de cita, que era la quinta de Solaños, camino de los Olivos.

Antes de rayar el alba del día prefijado salió la impedimenta de nuestro ejército, compuesta de las dos volantas y un carro con las vituallas y la servidumbre, y á poco más nuestro bizarro y alegre escuadrón á tendido galope por aquellas calles fangosas y al trote largo bajo los sauces del río, mientras el sol asomaba sobre el cristal de las aguas para mirar el lucido tropel de caballeros y Amazonas que así turbaban la paz aldeana de la futura gran ciudad. Iban delante mi tía Sandalia sobre un caballito bayo, recuerdo que era una pólvora, y con ella Arminda Solaños, divina, manejando el suyo con una destreza que á no pocos jinetes hacía falta; Justita González, que parecía la propia Diana cazadora, llevaba á Esquendo á la zaga, y Matilde Prisco, de basquiña clara y sombrerito de paja, lo menos media docena de abejones al retortero. Delfina marchaba en medio de un grupo del que Maltancito era el jefe... Entre los rezagados figuraban misia